



LOS NUDOS DE UNA
HISTORIA PEQUEÑA

Pilar Sánchez Álvarez

LOS NUDOS DE UNA
HISTORIA PEQUEÑA



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pilar Sánchez Álvarez

ISBN: 978-84-18663-70-3

ISBN digital: 978-84-18663-71-0

Depósito legal: M-12097-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, a todos y a cada uno de ellos, porque
forman parte de las alegrías y las penas
de mi propia historia.*

Tengo miles de mariposas en mi ventana de todos los colores, rojo intenso, azul cielo, turquesa desvaído, negro azabache... Pero hay una que cambia de color con luz propia haciendo mi vida un camino fácil.

Gracias, Pilar

CAPÍTULO I

La alarma de móvil ha sonado a las siete en punto. Lucía, todavía con los ojos cerrados, sale de la cama, coge la bata y con paso cansino se dirige a la cocina. Enciende la luz, pone la cafetera al fuego a la vez que la tostadora con dos rodajas de pan, preparadas la noche anterior. Saca el zumo de naranja y la leche de la nevera, poniendo los dos cartones encima de la mesa, y una vez vertido el café en la taza y el pan tostado en el plato con aceite, mete la mano en el bolsillo de la bata para sacar el teléfono y busca la emisora de todos los días para oír las noticias.

Esta es la mejor hora de todo el día, es su hora. Mira a lo lejos por la ventana y ve como la oscuridad de la noche va desapareciendo y la luz del alba va definiendo las figuras de las casas lejanas, los árboles, las plantas, y las flores de su jardín se van dibujando poco a poco, como los objetos próximos a ella, todo toma consistencia.

En esos quince minutos del desayuno sale de sopor del sueño y entra rápidamente en la vorágine de día, oye la radio, incluso se pelea con el locutor de vez en cuando si la noticia no le satisface, recuerda las clases del día

preparadas la noche anterior, mentaliza lo que tiene que comprar y hacer esa jornada, etc., y una vez totalmente activa va a su cuarto de baño para iniciar el aseo diario. Siente el agua caliente sobre su cuerpo y con los ojos cerrados nota como se relajan sus músculos a la vez que se activa su cuerpo.

Ya vestida y arreglada, solo le queda terminar de peinarse y darse un poco de barra de labios, entra en el cuarto de su hija Amalia, con energía abre la ventana y con voz dulce dice:

—Buenos días, princesa, ya es hora de levantarse —y al ver que la niña se acurruca y se tapa la cabeza con la almohada, insiste—, vamos perezosa, levántate, no podemos llegar tarde.

Ante la quietud de la niña le hace unas cosquillas en la planta de los pies y esta salta de la cama con cara de pocas amigas. A la madre no le importa este gesto porque en pocos minutos desaparecerá y Amalia será la misma niña de diez años risueña de siempre. Tiene mal despertar.

Puesta Amalia ya en marcha, Lucía va a la habitación de Luis, el pequeño de seis años, quien con cara de sueño sonríe a su madre y le da los buenos días.

Ambos, Amalia y Luis, van a la cocina a desayunar el plato de leche con cereales de chocolate y un gran vaso de zumo naranja.

Los dos comen con voracidad y siempre tienen apetito, pero a pesar de lo que ingieren están muy delgados, debido a la cantidad de ejercicio desarrollado durante toda la jornada.

—Vamos, daos prisa, son las ocho menos cuarto y nos queda poco tiempo —y mirando el reloj, continuó—, lavaos bien los dientes. ¿Habéis preparado la mochila de los libros?

Ante el asentimiento de ambos, sin adivinar la supervisión realizada por ella minutos antes, se dirige a Amalia:

—Te he preparado en la mochila de gimnasia todo el equipo y en la parte inferior te he puesto las zapatillas de ballet y las mallas.

—¿Y a mí, mamá? —siempre queriendo acaparar la atención el pequeño.

La madre sonriendo lo mira y le contesta:

—A ti también te lo he preparado, debajo del equipo de gimnasia está tu traje de judo. Pero venga, vamos a tu cuarto a ponerte el uniforme.

—No, no vengas, puedo yo solo porque ya soy mayor.

Efectivamente se viste solo pero necesita a su madre para los zapatos, pero eso para él no cuenta, eso no es vestirse.

Lucía escribe la nota para Encarna, la señora de La Alberca que limpia la casa y cuida a los niños cuando ella está ocupada, le indica las tareas del día, incluida la preparación de la cena, y después de todo esto, va a peinarse y a pintarse los labios.

Terminado el arreglo de los tres, con las mochilas los pequeños y la cartera la madre, cierran la puerta del chalet y van al garaje.

Lucía tiene un poco menos de media hora para dejarlos en el colegio y llegar a la Universidad a la primera clase.

Ambos están en el Colegio *Jesús María*, en el centro de Murcia, en la avenida Alfonso X el Sabio, un colegio concertado cuya hora de entrada es a las nueve. Los dos están en Primaria, el pequeño en primero y Amalia en quinto curso.

Lucía al sacar la plaza de profesora asociada de la Universidad de Murcia en 2002, y posteriormente la de profesora titular en 2004, eligió este colegio porque está al lado del lugar de su trabajo, a menos de dos o tres minutos andando, y por proximidad tuvo la gran fortuna de que los admitieran.

Otro motivo para esta elección era el tener comedor y actividades extraescolares, como ballet y judo, actividades con las que sus hijos se encuentran a gusto. Comían en el colegio a las dos en punto, descansaban un rato, Luis asistía de cuatro a cinco a judo y Amalia a ballet.

A esa hora, Lucía los recoge y, o bien los lleva a natación dos días a la semana, o se toman un helado o unos churros con chocolate, y enseguida, recogido el coche en la plaza alquilada al lado de la Universidad, cogen la carretera hacia *El Verdolay*, zona residencial en el Monte, pegado a la pedanía de la Alberca, donde está su chalet.

Al llegar, después de la merienda, de hacer los deberes sentados junto a su madre quien los supervisa y les ayuda, una buena ducha, la cena, algún dibujo animado o algún documental en la Tele o algún momento de juego, ya están preparados para dormir.

Cuando los niños se acuestan, Lucía saca de su cartera el cuaderno donde apunta lo realizado en las clases

del día, y o bien corrige exámenes, o prepara los apuntes para el alumnado. Y si termina pronto ve alguna película.

Una vida reglada y ordenada en la que la madre vive por y para ellos, sin ninguna distracción ni ninguna licencia que le aparte de su papel de *super-mamá*.

Este horario se flexibilizaba los viernes y los sábados, en los que jugaban con los amigos, o veían películas con su madre en la tele o en el cine. Normalmente salían a comer alguno de estos dos días. El fin de semana era de asueto.

Estas eran sus vidas desde que Luis, el marido y padre de sus hijos se marchó de casa.

Luis es ingeniero naval y trabaja en Cartagena, en Navantia, y hace dos años conoció en el trabajo a otra ingeniera recién terminada la carrera, ocho años más joven que su mujer y sin problema de hijos, y comenzaron los escauceos amorosos que tanto le satisfacían.

Lucía sospechó pronto la situación: cada vez venía más tarde a casa, tenía numerosas cenas de empresa, los viajes de negocios se acumulaban, esquivaba cada vez más a Lucía...

Un día, cuando los niños estaban acostados, al llegar este a casa, ella le estaba esperando y dirigiéndose a él le preguntó:

—¿Qué te pasa? Llevas algún tiempo muy extraño y ya, ni ves a tus hijos, ni quieres nada conmigo. ¿Hay algo que quieras decirme? Sé sincero porque lo que no te perdonaría nunca es la mentira.

Luis se sintió intimidado por esa manera tan directa de afrontar el problema, pero pensó en la situación y cre-

yó que era el mejor momento para expresarle su decisión. Tomando aire y mirándola de soslayo comentó:

—Quiero el divorcio. No os quiero hacer daño, pero he conocido a alguien de la que me he enamorado locamente.

—¿Tan locamente como me decías a mí? —lo miró casi con desprecio y continuó—, ¿cuánto tiempo llevas «enamorado»? , porque te recuerdo que tienes un hijo de seis años y una niña de diez.

—¿Es que crees que no lo he pensado?, —contestó alterado—, pero no lo puedo remediar. Conocí a Mercedes hace dos años en el trabajo y es tan guapa y divertida... Perdona Lucía, pero nuestra vida tan ordenada, tan burguesa no la puedo aguantar. Necesito libertad, vivir, divertirme, y aquí estoy aprisionado...

—¡Serás cabrón! —y remedándolo siguió—. «Necesito libertad, vivir, divertirme». ¡Aprisionado! ¿Y tu responsabilidad como padre?, ¿has pensando en tus hijos? A mí no me vas a hacer daño, porque hace ya tiempo que no necesito ni quiero nada de ti, sospechaba hace tiempo tu aventura, y aunque no te lo creas no siento ni frío ni calentura. Me da igual, me he sorprendido a mí misma al analizar mis sentimientos y tú no me importas nada y no siento nada por ti —y levantando el dedo amenazante siguió—, pero si le haces daño a los nenes te mato...

Luis permanecía en silencio, y dando un portazo abandonó la casa, cogió su coche y se fue.

Lucía llorando desconsoladamente, susurró:

—¡Cobardel!, no eres capaz de hablar, solo huyes...

Aquella noche ella no durmió nada y él volvió a casa de Mercedes diciendo:

—Ya se lo he dicho, voy a divorciarme.

Y al acostarse se durmió como un niño. Se había desembarazado de golpe de los problemas que le agobiaban. Ahora podría viajar, subir montañas si quería, hacer submarinismo o volar y volar... Ya no sentía el peso en las espaldas.

CAPÍTULO II

Después de la conversación de aquella noche entre Luis y Lucía, esta ante las preguntas continuas de sus hijos y las constantes excusas dadas por ella, no tuvo más remedio que hablar con ellos para exponerle la nueva situación.

Un sábado por la tarde después de comer, se preparó para hacerlo angustiada por la reacción de sus hijos.

—Amalia, Luis, venid los dos aquí. Sentaos, porque tengo algo importante que deciros.

En un principio ninguno le prestó atención, pero al mandarles sentarse de nuevo y oír el modo autoritario de la orden, la miraron extrañados.

Ella continuó:

—Papá os quiere muchísimo, pero desde ahora no va a vivir con nosotros, aunque lo vais a ver mucho y os iréis con él siempre que queráis.

Los dos se miraron sorprendidos y al unísono contestaron de diferente forma:

—¿Qué le has hecho, mamá? —dijo con enojo Amalia.

—¿Y podré irme con él a la playa como el año pasado? Mi amigo Andrés, que sus papás también viven separados, va a la playa con él y se lo pasan muy bien y se ríen mucho —replicó Luis, sin darse cuenta de la trascendencia de la noticia y sin saber lo que decía.

—Amalia, yo no he hecho nada —respondió con tristeza—. Es que papá y yo ya no nos queremos y hemos decidido divorciarnos, pero eso no tiene nada que ver con vosotros, porque tanto papá como yo os queremos muchísimo. Todo será igual que ahora, solo que papá tendrá otra casa que también será la vuestra.

Amalia se levantó de pronto y casi corriendo se fue a su habitación. Luis cogió un cochecito de juguete y se puso a rodarlo por el salón.

Lucía se quedó sentada sintiendo un dolor grande en el pecho, y respirando profundamente, pensó en lo injusta que era la situación; su hija la culpaba de todo y la hacía responsable de la ausencia de su padre, como si ella fuese culpable del divorcio. Y en ese momento recordó el dolor tan grande que sentía cuando a su madre la mandaban a misiones especiales durante una o dos semanas y la sensación de sentirse desprotegida, abandonada, como si la madre no la quisiera. Su hija debía sentir un dolor tan intenso como el suyo.

¡Pero que diferente era la ausencia de su madre de la situación actual! La madre de Lucía volvía siempre de sus misiones y la casa estaba llena de amor, un amor grande entre los padres y el de ellos a su hija.

Evocó la tristeza sentida ante la marcha de ella y como se enfadaba porque se iba de la casa, aunque no fuese su

culpa. Entendía a su hija; Amalia sentía ese rencor contra ella porque no quería la marcha del padre.

Pero a pesar de la tristeza, de la preocupación por el futuro, Lucía se prometió proteger a sus hijos y evitar expresar su propia frustración. La vida debía continuar con los mismos hábitos, eliminando el rencor, la tristeza, el desánimo...

Al cabo de dos meses, a primeros de diciembre, firmaron el divorcio rápido de común acuerdo o amistoso con las condiciones pactadas y solicitadas por los dos, sin peleas, ni disgustos. «Un divorcio civilizado», pero el dolor, la preocupación, la sensación de fracaso era tan grande como si fuese un divorcio complicado y sin acuerdo.

Lucía no quiso ninguna pensión por los hijos pues ganaba lo suficiente para los tres, pero sí puso una cláusula: quedarse con el chalet en propiedad, pues el dinero de la manutención de los hijos se quedaría como pago de la hipoteca de la casa y como la entrada la había puesto ella, se compensaría la totalidad, con lo que él aceptó y ante notario firmó la escritura del chalet a nombre de ella.

Además el coste de la hipoteca era menor que el de la manutención de los dos niños, con lo cual él salía ganando, y también porque quedaban menos meses de hipoteca que los ocho años que debía pasar la manutención de Amalia o los doce años de Luis. En realidad solo quedaban cinco años de hipoteca por lo que firmó inmediatamente.

Luis tampoco quiso la custodia compartida pues alegó que Lucía era una buena madre y no quería interferir en

su educación, evadiéndose de esta manera de toda responsabilidad. A los niños los vería cuando él quisiera, y por lo menos un fin de semana al mes lo pasarían con él.

No hubo ningún problema en las negociaciones y en apenas unos meses estaban divorciados.

El chalet lo compraron al casarse y como andaban escasos de dinero en ese momento, fue el padre de ella quien dio la entrada, bastante sustanciosa pues debían pagar casi más de la mitad del coste global, y quedaba una hipoteca bastante llevadera con el sueldo de los dos.

En los siguientes meses Luis vio a sus hijos muy a menudo e incluso algunos fines de semana se los llevó con él, aunque los niños se sentían mal delante de Mercedes, no sabían cómo actuar y pronto empezaron las excusas, sobre todo de Amalia para no irse con el padre.

Pero de pronto, las visitas se distanciaron cada vez más y llegó un momento que casi no tenía contacto con ellos.

Lucía viendo la tristeza de su hija llamó a Luis por teléfono:

—Luis, hace casi dos semanas que los niños preguntan por ti, ¿qué les digo?

—Verás, Lucía, es que no puedo desplazarme a Murcia, hay un trabajo grande en la empresa y yo he asumido la dirección de varios proyectos.

—Bien —continuó Lucía con voz dura—. ¿Qué fin de semana te los vas a llevar?

Entonces se oyó: «ni lo sueñes», «pues estoy yo como para eso» y la voz de Luis un poco temblorosa, dijo:

—Verás, mujer, es que Mercedes está embarazada, lo lleva muy mal porque tiene muchos vómitos y se encuentra enferma, y no quiere cargar con los niños.

Lucía, verdaderamente cabreada, colgó el teléfono musitando: cabrón, será imbécil, será calzonazos...

Luis no echaba de menos a su padre, estaba contento, preguntaba escasamente por él, pero Amalia seguía enfadada, ya no con su madre, sino con su padre, al darse cuenta del motivo de la separación y de su comportamiento con ellos.

Los horarios, las clases, el ballet y el judo continuaban, pero Amalia había perdido la «chispa», la viveza anterior, y aunque seguía con buenas notas, su comportamiento en casa se había vuelto un poco agresivo y menos alegre.

Lucía pensó buscar alguna solución porque se encontraban ante un muro alto que debía saltar, sobre todo por el beneficio de su hija. Tenía que pensar cómo resolver esta situación.

Sabía la dificultad a la que se enfrentaba porque no podía cambiar los hechos objetivos: existía el divorcio, la irresponsabilidad y la ausencia del padre, los sentimientos de Amalia... Eso era incuestionable.

Y dándole vueltas al asunto se preguntó desanimada:
—¿Qué puedo hacer para paliar esta situación?

CAPÍTULO III

Estaba decidida en buscar una solución. Fueron muchas noches en blanco buscando alternativas de todo tipo y desechadas por la mañana por descabelladas, irreales e imposibles.

Entre ellas, la más factible, según ella, era pedir una estancia en el extranjero e intentar poner distancia entre sus hijos y su padre para evitar las continuas decepciones provocadas por la falta de responsabilidad de Luis.

Veía a su hija sufrir cuando esperaba a su padre y este no aparecía. Esto le hizo pensar que si se iban de Murcia siempre podría poner como excusa la distancia.

El departamento de Filología Francesa, Románica, Italiana y Árabe en el Área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Murcia estaba formado por dos profesoras titulares, siendo una de ella Lucía y la otra, María, quien era la jefa del Área. Además de ellas dos, existían tres profesores asociados, una de origen marroquí. Esta Área estaba muy interesada y trabajaba bastante en una línea de investigación comparativa entre místicos católicos franceses, italianos, o españoles y místicos musulmanes.

Lucía después de contarle sus preocupaciones a María, su jefa además de amiga, y del mismo pueblo que ella, Morella, le comentó la posibilidad de solicitar una estancia en la Universidad de Rabat, porque cumplía todos los requisitos, era doctora, estaba vinculada a la Universidad y no había disfrutado anteriormente de ninguna estancia.

Pero existía un problema para pedirla ya que la duración máxima era solo de seis meses y el curso escolar de sus hijos era de nueve, aunque ella había pensado pedir tres meses de excedencia por motivos personales y de esta manera completar el curso escolar de ellos.

María le solucionó el problema. El año anterior se había formado en esta Área un grupo de investigación avalado por la Universidad de Murcia y la Universidad de Rabat con el Departamento de Investigación del Instituto de Estudios Hispanos. Los integrantes de esa investigación era el profesorado del Área antes citada y el de la Universidad de Rabat.

María insistió en que no debía pedir la estancia, sino que acogiéndose al proyecto, debía solicitar un permiso para la realización de actividades de esta investigación en otros países, ya que esa posibilidad estaba contemplada en su redacción.

Una vez analizada esta propuesta y aceptada, María le comentó:

—Es necesario preparar un buen proyecto de estas actuaciones y actividades siguiendo la línea iniciada por el grupo formado el curso pasado. Es decir, preparar una programación de tu actuación en Rabat ya que en la in-

vestigación aprobada por ambas universidades se contemplaba el desplazamiento de algunos de los profesores.

—¿Y tengo posibilidades de obtenerlo? —contestó esperanzada.

—Si te parece podemos hablar con la jefa del Departamento, con Elsa, quien no pondrá ningún inconveniente, y seguro que el Rector firmará el permiso durante un curso escolar completo, con lo que podrías cobrar todo el año y no pedir ninguna excedencia, por otra parte difícil de conseguir tras una estancia —le aseguró María.

Lucía con nerviosismo evidente, se dirigió a ella diciendo:

—María, no quiero hablar con nadie ni de mi divorcio, ni de mis problemas, te lo he dicho a ti porque te considero mi amiga, pero no quiero contar nada de esto ni a Elsa ni al Rector.

—Pero mira que eres tonta —le dijo riendo María—, tú pides una acción de investigación a la que tienes derecho, sin necesidad de pregonar nada más. ¿Vamos a tomar un café?

Cogiéndola del brazo, María la condujo a la cantina, que en este momento estaba abarrotada por el alumnado y numerosos profesores. Saludaron a varios y buscaron una mesa en la zona menos transitada del local buscando más intimidad.

Una vez sentadas Lucía se levantó, fue a la barra a pedir dos cafés, y una vez servidos y pagados, volvió a la mesa con ellos. María le preguntó:

—¿Hace tiempo que no vas a Marruecos?

—Hace dos años, porque el primer verano tenía ya problemas con Luis y el segundo mi padre estuvo ingresado por una caída y una operación del fémur y me quedé con él todo el tiempo. Halima, mi amiga a cuya casa voy todos los veranos, vino a Morella durante quince días con sus dos hijos a ayudarme con mi padre en el mes de julio y como él estaba todavía escayolado, decidí no ir en agosto.

—Oye, ¿tus hijos cogerán bien el pasar un año allí?
—volvió a preguntar María.

Lucía con gesto apesadumbrado y triste, contestó:

—No lo sé y estoy preocupada. Si me quedo aquí me voy a volver loca porque la tristeza de mi hija cuando su padre la engaña me saca de quicio y si nos vamos, se va a disgustar mucho porque deja a sus amigas del colegio, del ballet, y como la conozco bien y sé lo tímida que es, los primeros momentos del colegio los va a pasar mal. Esto me quita el sueño, pero estoy convencida de que si nos vamos, a pesar de sus miedos y de los míos, podremos superar este bache. Un curso completo fuera le ayudará a asentar la situación.

—¿Se lo has comentado ya? —insistió de nuevo.

—No, no se lo he dicho ni se lo voy a decir hasta que no esté todo formalizado. No quiero verla sufrir y que luego no me den el permiso y hacerle pasar un mal rato sin necesidad. Cuando esté segura hablaré con los dos y con mi padre, quien también me preocupa y mucho, porque sé que no se querrá venir conmigo y ya es mayor, tiene setenta y dos años y aunque está perfectamente y

aparenta muchos menos, pienso que si le sucediera algo como la caída del verano pasado, yo estaría en otro país y esto me produce mucha inquietud.

—¿Pero qué dices? —respondió inmediatamente—. Tienes vuelos desde Rabat a Barcelona que no llegan a cinco horas con una escala en Madrid, o bien desde Casablanca a Barcelona con una duración de dos horas. Lo sé porque este verano nos hemos ido a Marruecos con unos amigos y fuimos directo a Casablanca, donde alquilamos un coche y pasamos diez días visitando los rincones más pintorescos. Tardarías menos en llegar desde Rabat que desde Murcia ¿Y por qué piensas en lo malo? Si tu padre está bien no tienes que estar preocupada por «sí acaso». No seas pesimista y levanta el ánimo que todo se va a arreglar. A veces vemos pequeños problemas como montañas.

—Sí, pero mi pequeño problema como tú dices me preocupa, no por mí, sino por mis hijos —dijo sonriéndole porque comprendía la buena fe de la amiga.

—Mañana mismo hablo con Elsa y la semana que viene preparamos el proyecto para presentarlo a la Comisión. Sabes que el sueldo sería el mismo, te pagarían una cantidad, en este momento no me acuerdo, para los desplazamientos, tendrías seguro y asistencia médica para ti. Tendrás que hacerte un seguro para los niños, pero eso te informarán en la Embajada mejor que yo, porque ya hace unos seis años que yo lo disfruté y supongo que las cosas habrán cambiado.

Una vez terminado el café y la conversación, cada una volvió a su despacho y a las clases del día. Lucía veía una

esperanza, una puerta abierta para la solución de su problema y además, el hablar con su amiga le había hecho bien. Se sentía optimista, menos preocupada.

Ella desde pequeña hablaba correctamente el árabe tanto el clásico, estudiado durante muchos años, como el dialectal del norte de África, debido a pasar su infancia en Melilla, y con su cuidadora y amiga marroquí Halima.

Lucía había nacido en Granada, pero a los pocos días sus padres la llevaron a Morella, un pueblo de la provincia de Castellón, pueblo pequeño pero con una actividad económica y cultural enorme y con vestigios del poderío alcanzado en épocas anteriores, convirtiéndolo en un enclave de turismo, de cultura, de entretenimiento de la Comunidad Valenciana.

Lucía no hablaba valenciano, aunque lo entendía perfectamente, pues muchas vacaciones las pasaba allí, y en algunas tiendas del pueblo y algunas de sus amigas lo hablaban aunque en ocasiones mezclaban palabras de ambos idiomas.

Pero a pesar de que todos los habitantes del pueblo conocían el valenciano, se expresaban correctamente en castellano porque el turismo, además del catalán y el de la Comunidad Valenciana, era de numerosas partes de España, e incluso de otros países.

La madre de Lucía era morellana, hija, sobrina y prima de militares, y por ese motivo vivió en muchas ciudades de España. Subía al pueblo en algunas vacaciones del marido porque tenía una casa allí, y aunque al año solo estuviese dos o tres semanas en ella, se consideraba morellana de pura cepa.

Siempre se expresaba en castellano, lengua materna de sus padres y de ella, y también porque cuando trasladaban al padre a los diversos destinos, y fueron bastantes veces, este se llevaba a la familia consigo y la madre de Lucía, desde párvulos, siempre estudió en castellano.

Lucía, hija también de militar, le pasó lo mismo que a su madre. Estuvo en varios colegios, e institutos de distintas ciudades, pero cuando iba a comenzar la carrera de Medicina, sus padres decidieron que la hiciera completa en Valencia, los seis años, sin cambiar de Facultad, aunque ellos no viviesen en la ciudad.

Y fue allí donde conoció al amor de su vida. Fue en tercero de carrera, cuando ella tenía veintidós años y él veintiocho.

Manuel Jiménez Álvarez, un militar zamorano, orgulloso de su origen, la muy «Noble y Leal Zamora».

Manuel cuando hablaba con amigos y le argumentaban contra ella por el frío, o por lo pequeña e insignificante que era, él respondía con la calzada romana, con el castillo románico, con el puente de piedra sobre el Duero, con los molinos sobre el río, con el lago de Sanabria, con la ciudad con más edificios románicos de toda Europa, pero sobre todo con el poema en que el rey Don Fernando ante las quejas de su hija Doña Urraca allá por 1065:

*... Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba,
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada;*

*de parte la cerca el Duero,
del otra peña tajada,
del otra la Morería; una cosa es muy preciada
Quien os la tomare, hija, la mi maldición le caiga.
Todos dijeron amén, sino Don Sancho que calla.*

El padre de Lucía lo recitaba de memoria, con voz pausada, con énfasis extraordinario sobre todo cuando llegaba a la parte «una cosa es muy preciada».

El día que Carmen Puig López, la madre de Lucía conoció a Manuel, se enamoró perdidamente de él. Vestía el uniforme de Teniente Coronel, serio y callado como buen castellano, muy irónico y con dos hoyuelos en sus mejillas al sonreír, hoyuelos heredados por Lucía.

Se encontraron en una cafetería bulliciosa del centro de Valencia, pero desapareció todo el bullicio cuando comenzaron a hablar, se creó una nube a su alrededor y solo estaban ellos. Manuel sintió una punzada al ver a Carmen, y supo que era una parte de él desde ese mismo momento.

Ninguno de los dos dudó ni un minuto en haber encontrado su complemento. Y entre paseos a las orillas del río Turia o por la Alameda, las promesas en cenas románticas en restaurantes de luz tenue, los días de asueto y de baños en la playa Malvarrosa les llevó al noviazgo y se casaron en la iglesia de Morella, la iglesia arciprestal gótica de Santa María la Mayor, cuando ella terminó Medicina y él era ya Coronel, en el año 1977.

El altar mayor, profuso en ornamentación y totalmente dorado, repleto de flores blancas, con el sacristán

tocando el órgano resonando en todos los espacios de la Iglesia, el pasillo lecho por los soldados amigos de Manuel a la salida del templo por la puerta gótica, todos de uniforme, los pétalos de flores lanzados por sus amigas, hicieron de este acto un acontecimiento único. Un día inolvidable para todos.

Pero lo más importante para ellos dos, fueron las palabras repetidas «sí quiero», palabras firmes y seguras, palabras hasta la eternidad. Ya no eran dos sino uno: Carmen y Manuel y Manuel y Carmen. Y lo dijeron seguros y con convicción.

Cuando volvieron de Budapest del viaje de novios, Carmen se examinó del MIR, y cogió plaza en Granada en la especialidad de Anestesia y Reanimación. Eligió Granada porque era en esa ciudad donde tenía el destino Manuel.

Permanecieron en Granada durante cuatro años, donde Carmen terminó la especialidad y allí a los dos años de casados, tuvieron a su hija Lucía, Lucía Jiménez Puig, una niña preciosa, querida y deseada.

Cuando les dieron el nuevo destino a Manuel en Melilla, Lucía consiguió plaza de anestesista en el Hospital Comarcal de Melilla, donde trabajó siete años, hasta 1988, cuando su vida dio un brusco cambio.

Al llegar a Melilla en 1981, a través de otra médica compañera de Hospital, que residía allí varios años, alquilaron un piso muy céntrico en la calle Marina Española en una urbanización privada y cerrada con gimnasio y piscina, cerca del Parque Hernández, la Playa, y el Club Marítimo.

No conocían a nadie en la ciudad aparte de los compañeros militares o médicos de esos primeros días. La misma médica les proporcionó a Halima, sobrina de la persona que convivía con su familia desde hacía diez años. Carmen necesitaba a alguien de confianza para dejar a su hija, porque del Hospital salía a las tres y aunque vendía muchas guardias, algunas no podía y tenía que hacerlas.

Halima había nacido en Debdou, Marruecos, un pueblo de la provincia de Taourirt, puerta del desierto, a una altura de más de 3.000 metros en un valle al pie del macizo de la Gaada, rodeado de montañas con bastantes riachuelos convirtiendo la tierra en idónea para la agricultura.

Un pueblo pequeño, precioso, idóneo para el verano porque esa altitud suaviza el calor estival, calor duro en los meses de verano.

En la fisonomía del pueblo se advierte la influencia de la comunidad sefardí, aquellos judíos expulsados de España, judíos sevillanos llegados allí en el siglo XV. Esa influencia se hace presente en las casas con balcones en el centro del pueblo, así como las murallas y para más evidencia, la existencia de un cementerio judío abandonado aunque todavía se observa las pequeñas lápidas con nombres judíos y montones de piedras, algunas encima de los nombres y muchas en las orillas de ese muro que cobija ese espacio pequeño.

A pesar del apogeo en otros tiempos, con los franceses fue muy importante, hoy su economía se basa en

la agricultura y la ganadería, lo que ha hecho emigrar a muchos habitantes a otros lugares, principalmente a las ciudades grandes de Marruecos o a la vecina España, casi todos a Melilla donde hay barrios enteros donde se han establecido muchos de esos inmigrantes, con sus costumbres y fiestas.

La familia de Halima se desplazó a Melilla, primero se fueron dos hermanos y poco a poco consiguieron reunir a toda su extensa familia en esta ciudad, menos uno, el mayor que ya estaba acomodado en Rabat. Los padres también se fueron a Melilla aunque pasaban grandes temporadas en el pueblo.

Halima acababa de cumplir diecisiete años, y ayudaba a su padre en la pequeña tienda de alfombras del barrio donde vivían, convertido poco a poco en un reducido zoco, pero un hermano se quedó sin trabajo en el taller mecánico donde llevaba varios años y ocupó su lugar en la tienda. La presencia de Halima se hizo innecesaria en la tienda y dejó de ir a ella y aunque su padre decidió que ayudase a su madre en las tareas de casa hasta que él le buscase marido, esta se rebeló y quiso trabajar fuera del hogar.

Acudió a su tía, quien le empezó a buscar trabajo como criada. Le salieron varios trabajos, tanto en casa de españoles como en casas marroquíes, pero a la tía no les gustaron, algunas por el aspecto de la propia casa, otras por la pinta del marido, otras por el excesivo trabajo, hasta que por fin aparecieron los padres de Lucía y a su tía le gustaron.

Al proponérsela la compañera médica, estos tuvieron muchas dudas sobre todo Carmen.

—¡Solo tiene diecisiete años! Es muy pequeña para darle tanta responsabilidad, cuidar a una niña de dos años; además cómo sabemos que es buena chica —repetía la madre continuamente.

—Nos la ha recomendado tu compañera que conoce a toda la familia y asegura que es buena gente, y además no es tan pequeña, pues ya tiene edad para poder cuidar a una niña. Ellas se casan enseguida, con menos edad que esta y nadie duda que son buenas madres. Y Lucía va a cumplir tres años enseguida —respondía Manuel ante las dudas de su mujer.

—Tres años, qué más da dos que tres. Es muy pequeña y yo voy a tener guardias y a faltar mucho tiempo de la casa.

—¿Quieres pedir una excedencia en el Hospital? —propuso Manuel preocupado.

—No, no es eso, yo quiere trabajar porque me gusta mi profesión y me he esforzado mucho en prepararme. Tú sabes lo que he estudiado y me he sacrificado. Pero esta chica es tan pequeña... Debemos buscar a alguien de más edad, más responsable.

Después de varias conversaciones como esta y algunas entrevistas decepcionantes a mujeres mayores y teniendo necesidad de contratar a alguien porque ella debía incorporarse al hospital inminentemente, accedió a emplearla.

El día de la llegada de Halima a la casa, muy nerviosa pues era la primera vez que salía de la suya, Lucía le

enseñó cómo debía de hacer la comida de la niña, dónde estaban todas las cosas, los horarios de la guardería, cómo vestirla, peinarla... en fin, todo lo que consideró importante para que estuviese atendida.

Enseguida le mostró su dormitorio, su cuarto de baño, y empezó otra etapa en la vida de la familia. Solo existían catorce años de diferencia entre la niña y su cuidadora, pero esta decisión fue muy importante en la vida de las dos, porque fue el principio de un cariño verdadero para toda la vida.

A los pocos días todas las inquietudes de Carmen desaparecieron porque Halima cuidaba a la niña no solo con todos los cuidados enseñados, sino con verdadero esmero y cariño.

En el año 1988 cambió todo en la familia. Fue el año en que se permitió la entrada en las Fuerzas Armadas a las mujeres, y Carmen, siempre soñó con ser militar como su abuelo, su padre, y también como su marido. Ella tenía entonces treinta y cinco años, y decidió, con ayuda de Manuel, presentarse a esa primera convocatoria de oficiales al cuerpo militar de sanidad. Se preparó bien para la prueba física, para el inglés y aprobó con holgura ocupando la primera plaza de la convocatoria.

